

GUILLERMO RODRÍGUEZ RIVERA

**CUBA**  
**(POEMA MITOLÓGICO)**

Prólogo de Jorge Luis Arcos  
Epílogo de Milena Rodríguez Gutiérrez



**BETANIA**



CUBA  
(POEMA MITOLÓGICO)



GUILLERMO RODRÍGUEZ RIVERA

CUBA  
(POEMA MITOLÓGICO)

Prólogo de Jorge Luis Arcos  
Epílogo de Milena Rodríguez Gutiérrez

editorial **BETANIA**

Colección BETANIA de Poesía

Colección Betania de Poesía  
Dirigida por Felipe Lázaro

Portada: *Cartomántica*, de Pedro García Espinosa.

© Guillermo Rodríguez Rivera, 2015  
Editorial Betania  
Apartado de Correos 50.767  
Madrid, 28080, España

I.S.B.N.: 978-84-8017-355-1.  
Depósito legal: M-M-2004-2015.

Imprime Publidisa

Impreso en España - Printed in Spain

## SOBRE “CUBA (POEMA MITOLÓGICO)” (1997-2000)\*

En “Cuba (Poema mitológico)” el propio poeta hace explícitas algunas de sus intertextualidades y referencias: Luaces, Martí, Whitman, Dostoievski, Valéry, León Felipe, Guillén, Lezama, Piñera y Baquero, tal como hizo Hernández Novás en su primera versión de “Sobre el nido del cuco”. Aunque aquí esas intertextualidades estarán en función, simultáneamente, de realizar una relectura de la historia de Cuba y legitimar una tradición. Los tres antecedentes más importantes de este ambicioso texto, acaso uno de los más ambiciosos escritos en nuestra poesía, sean “La isla en peso”, de Piñera, “Pensamientos en La Habana”, de Lezama y “Palabras escritas en la arena por un inocente”, de Baquero. Aunque pudieran citarse otros textos: de Lezama, “Muerte de Narciso” y “Noche insular; jardines invisibles”; de Baquero, “Testamento del pez”; de Eliseo Diego, los dos discursos inaugurales de “En la calzada de Jesús del Monte”, y “El apellido”, de Guillén. Pero, ¿cómo obviar textos tan paradigmáticos como “Nuestra América”, de Martí, o *La expresión americana*, de Lezama, o el prólogo a *El reino de este mundo*, de Carpentier, u otros de Fernando Ortiz o Lydia Cabrera? El poema, como marca su propio título: “Cuba (poema mitológico)”, acoge la extensión sintagmática propia del mito, acaso para introducir un necesario componente narrativo dentro del discurso lírico. Además, esa perspectiva le confiere al texto la ambigüedad semántica y la irradiación simbólica que garantizan su intemporalidad, porque al poeta le interesa, sobre todo, más que reflejar este o aquel hecho puntual, la esencia de la temporalidad, la médula de un proceso.

Esta es acaso la más radical diferencia con *El libro rojo*, con el que comparte la obsesión por la historia. En el fondo, una común vocación reflexiva, una semejante avidez de autoconocimiento prevalece en ambas series poemáticas. Pero de su poema “Historia de Cuba” al actual el poeta ha cumplido con un significativo y doloroso viaje de conocimiento. Como en la *Odisea* o en *El infierno*, de Dante, este poema destila una experiencia. Sería imposible agotar aquí sus múltiples sugerencias e irradiaciones semánticas, sus incesantes imágenes polisignificativas, por lo que intentaré tan sólo atenerme a sus generalidades más evidentes.

Ya desde su primera parte o primer canto se expone una suerte de génesis, un origen cosmogónico. Es muy significativo que en determinado momento se confunda la voz del propio sujeto lírico: ¿el poeta, el hombre en general, o la propia isla? Pero lo decisivo será la sustancia de su historia: su origen trágico: el sujeto lírico es un esencial exiliado, un naufrago, un expulsado, nada menos que al reino de la Historia. Génesis y Éxodo. La tierra prometida para un marinero de Colón, para un Martí desembarcando por Playitas de Cajobabo, para un africano que ve alejarse las costas de su África o para un indio cubano que ve acercarse por el horizonte las inconcebibles carabelas, no importa demasiado. A partir de entonces comenzará otra historia (que, en el fondo, es siempre la misma, como un redivivo eterno retorno): un viaje de conocimiento expresado a través de la errancia ontológica del ser humano. De ahí el tópico del nuevo nacimiento, implícito en el segundo canto. La conversión o transfiguración (también transculturación) que evocan a Rimbaud: Yo soy otro, y que marcan una perspectiva existencial: la sucesión de máscaras, de disfraces... En el tercer canto se presenta la interesante problemática de la suspensión del discurso o, acaso, de la ¿necesaria? pérdida de la memoria (¿para volver a nacer?). En todo caso, el



poeta introduce una mirada relativista que recorrerá todo el poema. En el cuarto canto se recrea una faceta esencial de nuestra tradición, como diría Lezama, “la genuinamente americana, la de la impulsión alegre hacia lo desconocido”, donde se trata de legitimar tanto al mundo inmanente como al trascendente. En el fondo, se legitima el discurso otro, el de la poesía. El poeta se mueve en un tiempo sagrado, es decir, en el tiempo confundido de los orígenes. El quinto canto desarrolla una suerte de resistencia ontológica. Uno de los cantos más importantes será el sexto, donde la voz del sujeto lírico es también la voz de los vencidos, la de “los pobres de la tierra”. Es aquí donde su concurrencia con “Pensamientos en La Habana”, de Lezama, o con los textos de Guillén o de Martí, se hace más intensa. Se despliega un contradiscurso al discurso del poder que alumbra una nueva perspectiva: anticolonial o antineocolonial, por un lado, pero, por otro, una resistencia a toda forma de poder. Se alude también a esa suerte de raza cósmica, a esa mezcla, a esa incesante transculturación que dibuja el rostro de nuestra isla, de nuestra cultura. En el séptimo canto se recrean las estrategias de la resistencia, una de ellas el notable poder incorporativo de nuestra cultura. En el octavo canto prevalece el tema de la libertad y en el noveno el de la historia. Ya en el décimo parece acercarse la perspectiva y hay una clara alusión a lo que Lezama llamara como “el destino trágico de los atridas”, esto es, la diáspora, la división y dispersión de la nación cubana. En el oncenno el poeta se mueve en el ámbito de la profecía, de la intuición anticipatoria. Es un canto de compensación y reconciliación imaginarias, que conduce al canto final, presidido por la utopía, su necesidad, fatalidad o legitimidad. Utopía, tierra prometida o incógnita: ¿eterno retorno? Todo el poema, además, estará recorrido por una indiscernible mezcla de sensualidad, sensoriedad y sexualidad: logos spermatikos, un conocimiento creador,

una naturaleza, como diría Lezama, tan creada como creadora: una naturaleza inteligente, un espacio gnóstico. Una propuesta cosmovisiva de esta naturaleza no se realizaba desde hacía mucho tiempo en la poesía cubana.

Jorge Luis Arcos

\*Este texto es el fragmento final del prólogo que escribí para el libro de Guillermo Rodríguez Rivera, *Canta. Antología poética*, La Habana, Ediciones Unión, 2003.

Jorge Luis Arcos (La Habana, 1956). Poeta, ensayista y profesor cubano. Doctor por la Universidad Complutense y Licenciado en Lengua y Literatura Hispánica por la Universidad de La Habana. En Cuba fue profesor en el Instituto Superior de Arte y en la Universidad de La Habana. Dirigió la revista *Unión*, de la UNEAC y fue Director de la Cátedra de Estudios Iberoamericanos José Lezama Lima de la Fundación Pablo Milanés. Después de residir varios años en España, actualmente reside en Argentina donde es Profesor Adjunto de Literatura Latinoamericana y Española en la Universidad de Río Negro en San Carlos de Bariloche. Autor de numerosos libros de poesía y de ensayos, es célebre su antología *Las palabras son islas. Panorama de la poesía cubana. Siglo XX, 1900-1998* (Editorial Letras Cubanas, 1999). Sus más recientes entregas son el ensayo *Kaleidoscopio. La poética de Lorenzo García Vega* (Colibrí, 2012) y el poemario *El libro de las conversiones imaginarias* (Betania, 2014).

CUBA  
(POEMA MITOLÓGICO)

(Este poema incluye alusiones y expresiones de José Joaquín Lorenzo Luaces, José Martí, Walt Whitman, Jean Arthur Rimbaud, León Felipe, José Lezama Lima, Gastón Baquero, Nicolás Guillén, Fiódor Dostoievski, Virgilio Piñera y Paul Valéry).



# 1

Las furias de las diosas me arrojaron al mar.  
Me entregaron historias conseguidas,  
maneras de vivir que eran insólitas, mundos  
que subsistían bajo el agua, en el sol,  
cuentos que me llevé,  
testimonios soñados de universos  
que existen porque sí,  
porque son la perdida mitad del hombre,  
que viven desde siempre  
y en ninguna parte,  
convertidos en tiempos infinitos,  
imposibles.

“Bien, televisen”, dijo Hera, y las potentes luminarias  
se asomaron. Fuga ordenada fue mi partida  
hacia mares extraños.

La playa tenía un tenso despliegue de uvas cimarronas  
y arrecifes cortados al ras, al tajo;  
se revolcaba en unas aguas grises por el lluvioso  
mes de octubre, que se iba.

Yo la vi aparecer entre las aguas,  
del fondo del océano:  
en cuerpo de mujer, alma de niña,  
y eran los pechos, de esencias y de miel,  
blancas, negras redomas.

Casi al partir iba llegando, regresando,  
pero ya no había diosas, las caprichosas diosas  
que me hicieron partir sin desearlo.

Yo volvía y llevaba una máquina de coser  
y un paraguas que se oxidaban, se oxidaban  
al desamparo del salitre.

Allí estaban los ríos, los hombres  
que habían sido mis hermanos,  
pero ya no pude reconocerlos.

Entré blandiendo el sable toledano,  
con Cristo de testigo,  
entre las hierbas,

la de guinea, el marabú, las cepas de Don Carlos,  
hasta dar con los árboles, las ceibas gigantescas,

las guásimas propicias, los caobos, los cedros  
y esos pinos extraños  
que están en la montaña que me mira.

## II

He libertado a mis hermanos,  
me duplico, los obligo  
a cantar porque los amo.

Yo soy otro,  
pero no sé cuál otro:

Atenea y la virgen me iluminan.

Porque Atenea no era virgen: yo la poseí después que vio,  
que miró, enloquecida por el modo en que me apareé  
con las muchachas

que lavaban sus pechos duros y redondos en el río,  
y se colocó como un animal para pedirme el miembro.

La poseí, golpeándole las nalgas.

Atenea es madura y tiene un olor que es suyo sólo  
y un ungüento que sana todos los dolores, las heridas,  
mientras el aire bate desde todas partes

y asumo el caos

que parece la voz de mi destino.



Porque no sé otra cosa que andar,  
camino más, como desde aquel día,  
camino en las reuniones interminables,  
bajo el mar, sobre el cielo:  
he perdido la vida caminando.

No sé de dónde vengo, todavía tampoco  
sé dónde estoy.

Doy empujones, duros palos de ciego  
que caen sobre la piel cobriza y van haciendo  
que aparezca un polvo de oro  
en las márgenes de ríos mutilados que no doran el tiempo  
para que Dánae teja, sino que marchan al Guacanayabo.  
Ríos que sólo sirven para que yo y mis mujeres  
(Atenea incluida)

nos bañemos  
entre los gritos desesperados de la multitud.

Como, trago estos cocos, estos mameyes, estos plátanos,  
y voy haciéndome otra cosa.

¿ He vuelto o he partido?

¿Escapo cuando alcanzaba mi definición  
o vuelvo a reencontrarla?

¿Soy el hijo del rey

o me han echado de la casa del rey?

No. Llego, siempre llego:  
aquí siempre se está llegando, y es por eso  
que no me puedo separar del espejismo de la huida.  
Estamos huyendo desde que empieza la memoria:  
mi fuga es de París, de La Habana, de Nigeria,  
de Palos de Moguer,  
y se prolonga como el aire,  
que tiene su hermano en todas partes.

Todavía estoy llegando: lo reporta el poema,  
lo proclaman los sabios, los cantantes.  
¿Habrá aquí sabios, poetas y cantantes?  
Creo que sí: este es un país de sabios  
que nunca lo proclaman,  
que tienen que olvidar su ciencia  
para indagar cómo pueden comer,  
(para arreglarlo todo, porque el mundo no sirve)  
y de cantantes que cantan infaliblemente,  
que necesitan cantar desde sus ansias;  
de increíbles poetas desarmados, desarmados, rotos,  
que hacen sus versos como el mismo mar.

### III.

¿Y cómo hace sus versos el mar?  
Pero también ¿cómo, por qué,  
hasta cuándo se calla el mar?  
¿Por qué callamos tanto,  
hasta perder la simple costumbre de entendernos?  
¿Por qué puse esta piedra en la boca?  
Yo creí en esa piedra y hasta viví orgulloso de ella.  
Y acaso todavía crea un poco: esa es la duda,  
el simple hecho de que nada ha sido nunca tan rotundo  
como esa convicción de que callar  
era la extraña forma de componer el rostro de la isla,  
que callar  
era el retrato de la isla, de otra isla,  
de las islas posibles y pensadas,  
de aquella vida que imaginamos y soñamos,  
deseamos en la niñez,  
entre los pechos de la madre

y los relámpagos extraños que formaron la escuela.  
No tengo miedo: lo que queda de vida lo regalo,  
lo exorcizo, lo zambullo, lo difumino.  
No hay general o tanque que pueda contra mí.  
El drama es comprender, hallar otro camino,  
encontrar otra rosa  
para lo que me queda de vida.  
Y ¿hará falta otra rosa?  
Acaso la mentira esté en las rosas.

## IV

No sé cuántos poetas llevo dentro.  
Hay uno implacablemente preso en la vida,  
que teje historias ya sabidas,  
que seduce muchachas desatadas,  
dispuesto a relatar lo que padece o lo que goza,  
duplicando la vida y sus lamentos,  
y otro inasible, lento,  
demorado en sus símbolos, en sus misterios,  
que escribe con lo que le falta,  
que escribe únicamente  
para tratar de entender lo que escribe;  
que es otro, que se mira de lejos  
para asumir su culpa.  
Yo bailo entre los dos,  
los comprendo, los quiero,  
pero el tiempo es muy poco  
para entregarlo solamente a la palabra,  
sin que el mundo

viva detrás, resonando, dejando la evidencia  
de que fuimos algo más que ruidos,  
que signos aljamiados;  
pero que nadie objete, postergue esa palabra  
sin la que nada existe.  
En el principio era el Verbo.

## V

**P**ero he llegado de nuevo por primera vez,  
como extraño, a matar a mis hermanos  
para poder nacer de ellos, contra ellos.  
A inmiscuirme en la batalla entre Apolo y Neptuno,  
que quieren duplicar aquí la pelea de Troya, Stalingrado,  
Normandía y Corea y Haifong,  
el combate en un mar del que ha surgido esta india,  
esta blanca, esta negra, esta china, esta mulata  
y ellas (Santa María, San Berenito) todas mezcladas.  
Extraños dioses, eso es inútil:  
miren absortos los vecinos mares  
que se retuercen:  
la dama de la piña y de la palma  
no se entrega jamás, porque recoge sus cabellos,  
pone sales que huelen en sus pechos  
y amplía sus caderas para escoger su hombre que no será,  
jamás será uno solo, y nunca un tirio o un troyano.  
Puede soplar Eolo

y el mar se encrespará : todos los mares,  
los inacabables mares que la rodean  
Después, esto será poesía. Habrá  
que inventar el jagüey, la guayaba, el tabaco,  
para hacerlos vivir en otro mundo, el mundo.  
Voy haciendo ciudades  
o lo que van a ser ciudades, con su iglesia,  
sus putas  
y la infalible casa de gobierno.  
Ciudades que no se acaban  
por más que el tiempo las socave,  
y que las olvidemos, las golpeemos  
con la implacable maza de toda la pobreza;  
ciudades hechas para durar más que la lluvia.  
Voy con las diosas otra vez,  
porque llegó Afrodita, que a veces  
se hace negra y le crecen las tetas,  
negras también, como guanábanas,  
para llamarse Ochún.  
La tevé nos pregunta, me entrevista la prensa.  
Abro un surco y espero:  
voy, paciente, a sembrar la semilla  
de la ilusión y el desengaño.



## VI

Ahora traje tan sólo los dioses míos  
en la mente y los cantos, porque  
yo soy inmenso, yo  
contengo multitudes y sobre todo  
cosas diferentes.

Ahora traigo esta lengua amarrada que no acierta  
con el habla de los que me gobiernan.  
Yo aprenderé, yo tengo que aprender:  
me ayudarán mis dioses y los de ellos  
y me voy a vengar entregando a los míos  
el poder, un tremendo poder  
sobre esta tierra. Los blancos y los indios

y los que vengan después  
(aquí siempre hay alguien llegando)  
hablarán con esta lengua torpe mía,  
con mi atropello inevitable de un lenguaje  
que me han impuesto, pero que voy a hacer

mío como no te imaginas.  
Ya traje a Yemayá, con su traje azul mar  
para hacer surfing,  
y el culo enorme,  
andando como dueña por las aguas  
en este mar vivísimo, casi verde  
que me atemoriza cuando lo miro cada noche,  
temblando como un monstruo grisáceo  
en la cómplice oscuridad.  
Por eso la traje. Ella es mamá  
y voy a hacerla dueña de esta tierra.  
La amo, la amo desesperadamente:  
ella es el aire,  
la hierba, los metales, los tambores.  
Pero no puedo poseer a Yemayá, que es mi madre.  
Sólo puedo tenerla en el poema.  
Por eso tengo a Ochún, a Afrodita para calmarme,  
con esa dulce miel y pezones enormes,  
con esas carnes duras de las nalgas que muerdo,  
con ese ritmo loco de caderas y vientre  
que me piden el semen,  
con esa espuma equina entre los muslos de metal.  
En esta tierra, dos tetas  
van a halar más que una carreta,

mas por encima de mi madre, nada.  
La madre suave que gobierna a hurtadillas,  
que seduce y confunde al sigiloso,  
que extravía  
al adusto señor de la casa, a mi padre,  
aquel que vino antes que yo y se hizo dueño,  
el que me trajo con cadenas y a golpes,  
con sus chorros de semen.  
¿O vine porque quise?  
No lo sé. Ya no lo sé, o lo olvidé  
y no me importa.  
Es igual, perennemente igual (“todo es lo mismo”)  
el mundo se hizo y se va a hacer de desencuentros.  
El señor tiene el orgullo, su vanidad  
como un decreto entre los labios  
y un puño como un cetro para golpear y acariciar.  
Él también tiene a Ochún. Ella es así,  
se va también con él a la cama.  
Dicen que por dinero. No lo sé.  
Sé que se viene, que tiene un orgasmo raro,  
perverso y maternal cuando él la goza,  
porque fulguran en sus gritos los sinsontes  
y comprende el poder que emana de su sexo.  
Así es Ochún, y está bien que así sea.

A mí no me queda otra cosa que entender.  
Es casi la única ventaja de los que no mandamos:  
podemos comprender mejor que los de arriba,  
con su sable y su cuerno deshechos.  
Ellos hablan, dan órdenes  
y como los aplauden se imaginan  
que saben a ciencia cierta lo que hacen,  
y Elegguá los confunde.  
Elegguá también vino, pero no por mi camino  
sino desbrozando aquellos otros, los demás,  
para que yo aprendiera para siempre la burla,  
para esculpir la ruta de escapar  
en la noche insular, bordeando para siempre  
los tupidos jardines invisibles, la ruta  
de pasar bajo el santo deseo del señor poderoso  
y hacer mi real gana  
(o no: eso lo dice él, eso es lo suyo)  
o acaso, más precisamente,  
para que no me joda  
o si me jode  
que sea poco,  
y lo que quede de mi libertad  
se vaya serpenteando como un río,  
como el mar que comienza en todas partes

cuando no sabes escribir y eres un inocente.  
Aquí habrá siempre mueca y bulla.  
Y para lo demás queda Changó.

## VII

No sé cuando estrené mi canto,  
pero ya no sé vivir sin cantar,  
cantar con todos.

Mi padre Laertes  
supo un poco. Con la canción que le aprendí  
seduje a Penélope. Fue una noche  
detrás de una ventana bayamesa:  
la canción va conmigo y es mi amuleto  
y mi escondrijo.

La hacemos todos juntos  
y la bailamos así sea con la lengua, con los ojos.  
Me ha servido fielmente para todo.

Para tener dos, cuatro mujeres  
(Atenea incluída)  
para ampararme del olvido de todas,  
para pasar mi hambre, tu hambre, nuestra hambre  
y comer y beber,  
porque la riego con alcohol y se la canto a Verdi,

a Weyler, a André Breton, a Baudelaire, a Kennedy  
y todo marcha  
y abandono a mi hija,  
se la entrego tranquilamente a la vecina  
(le dejo un poco de leche de chiva)  
y al tiempo, al mucho tiempo, al mucho ron regreso,  
y le digo y le rezo  
que claro que es la más querida,  
la preferida del corazón.  
Ya hace mucho que canto y todavía más que bailo  
y ahora  
los tontos se ponen a cuidar mi canto  
para que no se mezcle con la bulla electrónica  
de los tracios.  
Pero yo también amo ese ruido, ese escándalo bárbaro  
y lo comprendo y lo fundo  
al estallido de mis tambores y mis cuerdas.  
No malgastes tu tiempo cuidando nada mío:  
soy inmortal y no quiero guardianes.  
No voy a perecer.

## VIII

¿Lo decidieron Hera, Ochún, Yemayá y Atenea?  
La manzana y el anón siempre han estado allí,  
entre jiquíes, marpacíficos  
y el dulzor de la caña.  
Nunca fue Paris, ni Obbatalá, ni Hatuey  
ni Ignacio de Loyola,  
sino seguramente el viento que soplabo  
mandado por Oyá,  
deshaciendo la papaya madura  
sobre el salado oleaje del Caribe.  
Llegó de todas partes a este mundo transparente,  
turbio,  
con el tiempo tejido por el Cauto  
o el Volga o el Guadalquivir,  
(eso no importa, esos son detalles)  
pero no quería vivir con ningún amo.  
¿Y quién no tiene un amo, aunque sea  
su propia vanidad?



¿Quién cree que lo gobierna todo siendo un pobre mortal?  
Porque después de él, al pie de él,  
se expande el territorio de la muerte,  
el firme, inacabable territorio de la muerte,  
el cuartico de Oyá y de Proserpina,  
(siempre igualito, como cuando te fuiste)  
sobre el que va a danzar la vida  
sobre el que girarán mis danzas salpicadas por  
la terrible circunstancia del agua por todas partes.  
Este escrito es mi único decreto:  
es el de aquel  
que quiere gobernar lo que no tiene,  
y su nombre en las piedras se escribe con carbón,  
con negros trozos de palo achicharrado  
que borrará la lluvia.  
Aquí está el signo de mi amor,  
de un amor que se funde en los otros,  
sin los que no puedo vivir.  
Yo soy gregario,  
el más gregario de los hombres,  
el hombre que se arrastra por los demás  
pero que vive, vive siempre  
y morirá de pie.

## IX

Voy directo al Infierno.

Lezama creía que estaba vacío, pero yo sé  
que está lleno desde antes de existir.

Dante fue sólo un peregrino de tiempos primitivos  
y se encontró con Farinata degli Uberti,  
gibelino ignorante,  
que había reducido el mundo, el tiempo a su guerrita  
y persistía, el pobre, en ella  
más allá de la muerte,  
como si fuera un cuadro, un comercial,  
un clip de Michael Jackson,  
la parenne consigna de la tontería humana.  
En la muerte se acaba todo, hasta el pasado,  
porque los otros van a pensarlo como quieran,  
al revés,  
o acaso dándole el sentido muy recto  
que nunca le encontramos.  
La sola muerte es el infierno,

pero la muerte es la que funda, la que mitifica:  
soy un bicho de mitos,  
no puedo vivir sin mentiras,  
necesito montones de mentiras  
para entonces ser yo,  
para que valga mi palabra incierta.  
La historia es una rana presurosa,  
que salta y salta para donde quiere,  
aunque allí no haya toallas, ni edificios, ni joyas.  
Hera sabe muchísimo de la historia,  
por eso no me deja traer una pancarta azul  
ni los nombres de héroes en mayúsculas  
ni oscuros o claros, torpes, inteligentes vaticinios:  
Hera se caga en el futuro.  
Hera acaba con todo, lo deshace,  
lo revuelca en el tiempo,  
rompe el reino y lo convierte en mapa,  
en apunte en un libro,  
en cagajones de caballos indicando el camino.  
Hera muy bien que la conoce  
(por eso es la dueña de la televisión)  
pero yo no la quiero, yo estoy harto:  
dadme el puro silencio  
que suene como una falacia  
en medio de mi soledad.

## X

¿La tierra está apagándose?

¿La abusada, hermosísima, dulce tierra de todos  
se está apagando?

La hemos desarbolado buscándole el futuro,  
sin el que no vale la pena vivir,  
y nos hemos quedado sin presente,  
mordiéndolo en el pasado.

Pero el futuro

(el único tiempo que existe)

es el de la locura, el tiempo  
que no llega nunca.

Esta es la tierra de todos. De todos,  
hasta de los que se fueron a Tracia,  
los traidores que casi perdonamos  
y que casi nos van a perdonar,  
porque nosotros somos sus traidores.

Unos se fueron, a otros los empujamos,  
porque no queríamos más que nuestra fe,

nuestra creencia a toda prueba, a toda sangre.  
Se marcharon,  
pero hasta allá los persiguieron Hera y Yemayá;  
allá se dieron a fundar otra isla rica  
pero sin que la tierra esté debajo,  
sin las perennes tumbas de los padres,  
con la mala conciencia de olvidar a los otros,  
de olvidar una parte del poeta,  
de conservar y repetir tan sólo el blanco cascarón  
del que inventó este mito,  
el que lo mandó a andar  
con las fuerzas del alma, la muerte y la palabra.

Les llegan desde el este los vientos cataclísmicos  
y desde el sur las voces que reclaman  
(los pobres de la tierra).  
Pero ellos dicen que son los dueños del dolor,  
los ofendidos, y no olvidan.  
También aquí hay humillados, ofendidos.  
Tampoco aquí se olvida.  
Nadie olvida.

## XI

Y, ¿no se puede olvidar?  
¿no podemos ponernos a olvidar todos a la vez,  
al mismo tiempo,  
y adelantar los años que nos faltan  
para convertirnos en sombras?  
¿Es que sólo nos reuniremos en la muerte?  
Los vientos soplarán, los únicos,  
los exclusivos vientos de esta isla,  
pero nunca desde los puntos cardinales,  
sino desde el barrunto del alma y la memoria,  
desde la deseada certeza (¿será cierta?)  
de que nacer aquí es una fiesta innombrable.  
Ellos van a impulsar, a concertar  
el extraño destino que tenemos,  
el que sabían Atenea y Hera,  
Obbatalá, Cristo, Elegguá,  
desde el principio.  
Los vientos de los mares inacabables

nos llevan y nos traen, desaparecen el rencor,  
nos dan la libertad, la oscilación  
entre la desorientación y la segura pertenencia,  
nos hacen persistir.  
Persistirá también la obra imperfecta,  
denostada incluso por los que sucumbimos con ella,  
por el martirio que vi surgir  
entre los pajizos, aterrados  
cañaverales que no pueden más.  
Pero persistirá en alguna parte,  
en una sombra, porque ella expande  
una gota de lo imperecedero,  
una gota del sueño de la gente,  
la gota absurda de lo que me enseñaron las diosas  
en los libros,  
un poquito de espuma de cerveza de la taberna U Fleku,  
la esperanza,  
hasta que llegue desde el norte la riqueza,  
la riqueza formada al amparo de los tracios,  
que entrará con los vientos enlutados  
sin saber a qué viene,  
sin tener nunca más confianza en su destino  
si no sabe que tiene que ser el de todos:  
de ser también ese extraño destino que tenemos,

el que sabían los dioses  
desde el mismo comienzo.  
Se esfumará el rencor de las dos manos  
y el video (gobernado por Hera)  
esparcirá, corriendo entre satélites,  
los signos del amor.



## XII

¡Utopía, utopía!,  
Heliópolis, Atlántida, Cuba, No Hay Tal Lugar,  
no te mueras, por Dios,  
Danos un poco de comer y grita fuerte,  
toma otro de tus miles de rostros  
o si puedes, mejor, tu rostro único,  
el verdadero,  
el que supimos y olvidamos buscándote,  
forzándote a entregarte, sin saber  
que tú te entregas sólo cuando quieres,  
sólo cuando te tratan con el cuidado del amor.  
No te mueras:  
abandona estas máscaras que se deshacen,  
que están alimentándose de sus puros recuerdos.

Deja que sople Eolo.  
Tenemos un encuentro en un sitio del tiempo  
y eso no lo van impedir ni los vientos,

ni el mar, ni el eco triste, extraño de la historia  
que cada cual convoca a su manera.

Tú no hagas caso:

acuéstate otra vez con nosotros.

## CANTO Y CUENTO DE CUBA O EL DESGARRO DE LA MITOLOGÍA

Escribe Octavio Paz que uno de los rasgos del poema extenso, uno de los esenciales, es la vocación de narrar mientras se canta; ese “contar y cantar” que caracteriza este tipo de texto. Canto y cuento aparecen en *Cuba (poema mitológico)*, poema extenso escrito entre 1997 y 2000, uno de los últimos poemas de la literatura cubana del siglo XX; literatura, por cierto, rica en poemas extensos, como si la isla intentara prolongarse a través de los versos. Este poema es, así, a la vez, canto a Cuba y cuento de Cuba.

Además de otras numerosas intertextualidades que el poema establece, muchas señaladas explícitamente por el propio autor, el texto constituye, pienso, una lectura irónica del poema de Joaquín Lorenzo Luaces escrito en 1854, del que toma casi literalmente su título. El tema de ambos es aparentemente el mismo: homenaje y canto a Cuba. Sólo que el poema de Luaces se sitúa (sigamos diciendo con Octavio Paz) en el tiempo de la analogía. La Cuba de Luaces remite al mito: Cuba, en su poema, es una doncella, la hija más hermosa del cacique Yucatán, a la que Diana y la Aurora envidian su belleza y por la que van a enfrentarse violentamente las deidades: Apolo, Neptuno, Eolo. El poema de Rodríguez Rivera, al contrario, pertenece al tiempo de la ironía, de la conciencia de la historia. Cuba ha dejado de ser mito y se ha vuelto historia. Por eso, quizás, en Rodríguez Rivera, el sintagma “poema mitológico” que acompaña a Cuba -sintagma que en Luaces surge en todo su esplendor tras el punto y seguido-, va a colocarse entre paréntesis: el enlace entre ambas frases ya no parece necesario, o ha sido interrumpido o suspendido. El comienzo de ambos textos ofrece acaso más nítidamente la diferencia esencial entre ambos: “¡Dí, Musa, cómo al golpe de Neptuno

/ brotó Cuba del fondo del Océano!” se lee en el poema de 1854. “Las furias de las Diosas me arrojaron al mar”, dice el poema del año 2000. En 1854, Cuba es una especie de Venus o de Afrodita que acaba emergiendo de las aguas, feliz y plena tras la pelea entre los dioses, aplacada la ira de las deidades, y unida a un Apolo triunfante. En 2000, sin embargo, Cuba es un nombre ambiguo, término sin demasiados asideros, sin posibilidad de representación antropomórfica, casi ausente o borrado (sólo en el título y de nuevo hacia el final, en los últimos versos, se menciona el nombre en el poema), en el que van a confundirse lo individual y lo colectivo, como bien ha visto Jorge Luis Arcos. Cuba es un algo (unos muchos) arrojado al mar (mar que supone también el vacío), por la furia de las Diosas; furia que no parece aplacarse nunca en la historia. Ironía, conciencia, desgarró, vacío, analogía rota, son entonces los rasgos del poema mitológico en el que Cuba se mira al final del siglo XX. El poema mitológico se ha quebrado, se ha vuelto otro, ya no es igual a sí mismo, aunque el nombre siga siendo el de antes. Como también es otro de sí mismo el propio sujeto lírico: sujeto individual que se confunde con el sujeto colectivo; o incluso dos poetas distintos en el mismo sujeto individual, dos poetas distintos al que ese mismo sujeto, como un tercer otro, mira. Como son otras y distintas las deidades: Apolo, Eolo, Neptuno, quienes volverán a combatir, en 2000 como en 1854, otra vez entre ellas, pero que han perdido, ellas también, la cualidad de parecerse a sí mismas, y ya no sólo vienen de Troya, o de Homero, vienen también de Stalingrado, de Normandía, de Corea, de Haifong. Como son otros, unos otros ajenos, quienes deberían ser hermanos, hijos de una misma nación.

Podría decirse tal vez que el Poema mitológico de 2000 se inserta dentro de la literatura de viajes, y es que el texto todo constituye un viaje, un viaje largo, inacabable y extenuante por la historia de Cuba. Un viaje singular, propio de la Cuba de la segunda mitad del XX: sin medio de transporte que conduzca al viajero o a los viajeros. Altazor o Altazores cubanos, en este

*Poema mitológico* el (los) sujeto(s) poético(s) carece(n) de paracaídas y de cualquier otro vehículo en el que trasladarse. “Caminar, caminar, voy sin rumbo caminando”, escribía Nicolás Guillén en su poema “Caminando”, y así va también el sujeto lírico de este texto, caminando sin cesar por la historia de Cuba. Aunque, en realidad, más que de un viaje (lo reporta el poema), se trata de una fuga, de una huída. Si Altazor cae en su paracaídas, si su destino, su “miserable destino” es caer, caer del cenit al nadir, el sujeto sin nombre de *Cuba (poema mitológico)*, huye caminando, huye a pie atravesando el caos que es la historia, su historia, especie de eterno retorno: “No sé de dónde vengo, todavía tampoco / sé dónde estoy. / ¿He vuelto o he partido?”; su destino es caminar y huir a lo largo de toda la historia de la isla, “perder la vida caminando”. Caminar, pero también callar, callar mucho, tal vez demasiado, y después preguntarse, no dejar de hacerse preguntas: “¿Por qué callamos tanto, / hasta perder la simple costumbre de entendernos? / ¿Por qué puse esta piedra en la boca?”. ¿Demasiadas preguntas sin respuesta?

“Finalmente estás harto de este mundo antiguo”, decía Apollinaire. Y eso es, quizás, también, en cierta forma, este poema mitológico de la Cuba del 2000, un poema en torno al cansancio ante el mundo que se ha vuelto antiguo; cansancio del mito de ayer y aún del mito de hoy; desgarró aún de aquello que hasta hace poco era lo moderno: ya nada se parece a lo que era; y sólo queda la intemperie: huir caminado, apenas con “una máquina de coser y un paraguas”, que ni siquiera son ya los de Lautreamont ni los del surrealismo; máquina y paraguas que también se han vuelto otros: ¿máquina con utilidad, quizás para intentar suturar la historia rota? Paraguas remedo de paracaídas, que ni siquiera tapa; ambos oxidados, o mejor, oxidándose, oxidándose “al desamparo del salitre” de una isla.

A mediados del siglo XIX, en 1854 (y antes de 1868), Cuba se miraba al espejo y se encontraba “linda como una rosa”, idéntica a sí misma. Al intentar mirarse al final del siglo XX, la imagen que devuelve el espejo ha cambiado: Cuba se des-

cubre convertida en otra, ya no está donde estaba, ya no es la que era; y no sabe siquiera dónde está, ni quién es. Acaso su verdadero nombre sea ahora “NO HAY TAL LUGAR”. Como dijera Octavio Paz, el mundo se ha vuelto ilegible. El nombre se ha vuelto ilegible. O, quizás, no hay, no hubo nunca TAL nombre. Alguien inventó el mito, el lugar, la rosa, el nombre: han caído las máscaras y queda sólo el vacío. ¿Hará falta volver a poner algo en ese sitio? O como dice el (poema mitológico) de 2000: “...¿hará falta otra rosa?”. Y parece incluso que el poeta la llama y sale a buscarla al final del poema, pero quizás quien la busca sea en realidad sólo uno de esos otros que el poeta es; el otro de sí mismo, ese que escribe con lo que le falta, ya había contestado antes, ya había ofrecido su no-respuesta, o su (respuesta) en III, antes de llegar al final del viaje, o del poema: “Acaso la mentira esté en las rosas”.

Granada, 6 de abril de 2014.  
Milena Rodríguez Gutiérrez.

Milena Rodríguez Gutiérrez (La Habana, 1971). Doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Granada, donde actualmente trabaja como investigadora y profesora. Sus libros más recientes son *Entre el cacharro doméstico y la Vía Láctea. Poetas cubanas e hispanoamericanas* (Renacimiento, 2012) y *Otra Cuba secreta. Antología de poetas cubanas del XIX y del XX* (Verbum, 2011). Como poeta ha publicado los libros: *El pan nuestro de cada día* (1998), *Alicia en el país de Lo Ya Visto* (2001) y *El otro lado* (2006). Además es columnista del periódico *Granada Hoy*.

## ÍNDICE

Sobre “Cuba (Poema Mitológico)” (1997-2000), de Jorge Luis Arcos	7
Cuba (Poema Mitológico)	11
I	13
II	16
III	19
IV	21
V	23
VI	25
VII	30
VIII	32
IX	34
X	36
XI	38
XII	41
Canto y cuento de Cuba o el desarraigo de la mitología, de Milena Rodríguez Gutiérrez.	43





Este libro se terminó de imprimir  
el 24 de febrero de 2015.



## editorial **BETANIA**

Apartado de Correos 50.767 Madrid 28080 España.  
E-Mail: ebetania@terra.com y editorialbetania@gmail.com  
<http://ebetania.wordpress.com>

### RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987-2015)

#### **Colección Betania de Poesía:**

*La novia de Lázaro*, de Dulce María Loynaz.  
*Voluntad de Vivir Manifestándose y Leprosorio (Trilogía Poética)*, de Reinaldo Arenas.  
*Piranese*, de Pierre Seghers. Traducción de Ana Rosa Núñez.  
*13 Poemas*, de José Mario.  
*Venías*, de Roberto Valero.  
*Un caduco calendario, La luz bajo sospecha y Érase una vez una anciana*, de Pancho Vives.  
*Confesiones eróticas y otros hechizos*, de Daina Chaviano.  
*Oscuridad Divina, Polvo de Ángel y Autorretrato en ojo ajeno*, de Carlota Caulfield.  
*Hermana, Hemos llegado a Ilión, Hermana/Sister, Dos mujeres, Volver y Hemos llegado a Ilión (2ª edición)*, de Magali Alabau.  
*Altazora acompañando a Vicente, Merla y Quemando Luces*, de Maya Islas.  
*Delirio del Desarraigo (2ª ed.) y Psicalgia/Psychalgie*, de Juan José Cantón y Cantón.  
*Noser y Sin una canción desesperada*, de Mario G. Beruvides.  
*Los Hilos del Tapiz y La Resaca del Absurdo*, de David Lago González.  
*Blanca Aldaba Preludia*, de Lourdes Gil.  
*Tropel de espejos*, de Iraida Iturralde.  
*Puntos de apoyo*, de Pablo Medina.  
*Hasta agotar el éxtasis*, de María Victoria Reyzábal.  
*Señales para hallar ese extraño animal en el que habito*, de Osvaldo R. Sabino.  
*Leyenda de una noche del Caribe, Vigil / Sor Juana Inés / Martí, Bajel último y otras obras y Calles de la tarde*, de Antonio Giraudir.  
*Cuaderno de Antinoo*, de Alberto Lauro.  
*Poesía desde el paraíso, Cosas sagradas y Resaca de nadas y silencios*, de Orlando Fondevila.  
*Memoria de mí*, de Orlando Rosardi.  
*Equivocaciones*, de Gustavo Pérez Firmat.  
*Fiesta socrática, Versos como amigos y Los silencios del rapsoda*, de Florence L. Yudin.  
*Hambre de pez*, de Luis Marcelino Gómez.  
*Juan de la Cruz más cerca, Batiburrillo y Canciones y Ocurrencias y más canciones*, de José Puga Martínez.  
*Cuerpo divinamente humano y Vidas de Gulliver*, de León de la Hoz.  
*Hombre familiar o Monólogo de las Confesiones y Bajó lámparas festivas*, de

Ismael Sombra Haber.  
*Mitologías*, de María Elena Blanco.  
*Entero lugar e Íntimo color*, de Laura Ymayo Tartakoff.  
*La Ciudad Muerta de Korad*, de Oscar Hurtado.  
*No hay fronteras ni estoy lejos;... Se ríe de esquina peligrosa, ¿Qué porcentaje de erotismo tiene tu saliva?, Una cruz de ceniza en el aliento, Que un gallo me cante para morir en colores;... Y se te morirán las manos vírgenes de mí, No sé si soy de agua o de tu ausencia, La cadena perpetua de nunca olvidarte, Le puse alas al mar para que viniera a verme* y *Ciudadano de un archipiélago de ternura*, de Roberto Cazorla.  
*Oasis*, de José Ángel Buesa.  
*Versos sencillos*, de José Martí.  
*Voces que dictan y Reinenciones. Poesía desde el pensamiento, pensamiento desde la poesía*, de Eugenio A. Angulo.  
*Tantra Tanka*, de Aristides Falcón Paradi.  
*La casa amanecida* y *El invitado*, de José López Sánchez-Varos.  
*Sombras imaginarias, Vigilia del aliento y Sigo zurciendo las medias de mi hijo*, de Arminda Valdés-Ginebra.  
*De\_Dos que el amor conocen*, de Pedro Flores y Lidia Machado.  
*Rosas sobre el cemento (Poemario de la primera mitad del siglo)*, de Carlos Pérez Casas.  
*Catavientos*, de Lola Martínez.  
*País de agua*, de Carlos E. Cenzano.  
*Desde los límites del Paraíso y Alicia en el Catálogo de Ikea-La noche de Europa*, de José Manuel Sevilla.  
*En las regiones del dios Pan*, de Carlos Miguel González Garrido.  
*La flauta del embaucador*, de Eduarda Lillo Moro.  
*Madona*, de Jaume Mesquida.  
*Poemas a ese otro amor, Desencuentros, Símpatos, Sentimientos y Huellas*, de Victor Monserrat.  
*Los vencidos*, de Joaquín Ortega Parra.  
*El viaje de los elegidos*, de Joaquín Gálvez.  
*Una suma de frágiles combates*, de Lucía Ballester.  
*Lo común de las cosas*, de Ricardo Riverón Rojas.  
*Melodías de mujer*, de Joely R. Villalba.  
*La guadaña de oro y Jesús, tú eres mi alegría y El hotel de los lunes*, de José Villacís.  
*Amaos los unos a los otros*, de Oscar Piñera Arenas.  
*Numeritos y palabras*, de Roberto Ferrer.  
*Afuera*, de Camilo Venegas.  
*Vendedor de espejos*, de Eliecer Barreto Aguilera.  
*Hasta el presente (Poesía casi completa) y Otro fuego a liturgia*, de Alina Galliano.  
*Fugitiva del tiempo*, de Emilia Currás.  
*Cuba, sirena dormida, Refranero español de décimas y Hontanar. Antología de décimas*, de Evelio Domínguez.  
*La memoria donde ardía*, de Olga Guadalupe.  
*Contemplación. Thoughts and Poems*, de Ileana González Monserrat.  
*Tribunal de sombras*, de Guillermo Arango.  
*Las palabras viajeras*, de Aimée G. Bolaños.  
*Cuba en verso: la isla entre rejas*, de Ada Bezos Castilla.

*Adán en el estanque*, de Yoandy Cabrera.  
*Lenguaje de mudos*, de Delfín Prats.  
*Vida ensombrecida*, de Eugenia Muñoz.  
*El duende (Poemas y cuentos)* y *Heridas (Poemas)*, de Víctor Reynaldo Marrero Pérez.  
*Los poetas nunca pecan demasiado*, de Manuel A. López.  
*El centeno que corta el aire*, de Margarita García Alonso.  
*El libro de las conversiones imaginarias*, de Jorge Luis Arcos.  
*La casa de mis abuelos (Poemas y cartas)*, de Castor González Madrazo.  
*Los poemas de Suecia / The Sweden Poems*, de Oliver Welden.  
*Los cristales que te hincan*, de Lina de Feria.  
*Cuba (Poema mitológico)*, de Guillermo Rodríguez Rivera.







**Guillermo Rodríguez Rivera** (Santiago de Cuba, 1943). Poeta, narrador, crítico y ensayista. Licenciado en Lengua y Literatura Hispánica en la Universidad de La Habana, donde se doctoró también en Ciencias Filológicas. Participó, junto a Jesús Díaz, en la fundación de la revista *El Caimán Barbudo*,

de la que fue su primer Jefe de Redacción. Es Profesor Titular y Consultante en la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana y miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y del consejo de dirección de la Fundación Nicolás Guillén.

Ha publicado cinco libros de poesía: *Cambio de impresiones* (1966); *En carne propia* (1983); *Para salir del siglo XX* (1994); *Canta. Antología poética* (2003), Premio de la crítica cubana y *El libro rojo* (2012), finalista del Premio Casa de las Américas en 1970. Es autor de cuatro libros de ensayos: *Ensayos voluntarios* (1984), Premio de la Crítica cubana; *La otra imagen* (1999); *Por los caminos de la mar los cubanos, o Nosotros los cubanos* (2005) y *De literatura y de música* (2010). También ha publicado varias novelas: *Ya que te vas* (2006) y *Canción de amor en tierra extraña* (2007), así como las novelas negras: *El cuarto círculo* (en colaboración con Luis Rogelio Noguera, 1977) y *Alguien* (1996). Actualmente escribe una novela titulada *La noche de José Cemí*.



editorial **BETANIA**

Colección BETANIA de Poesía